

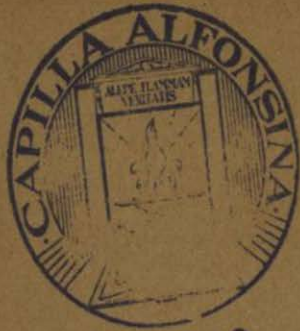
843  
D.

P05207

53

56

v.6



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

## LA SAN FELICE

### CAPÍTULO PRIMERO

#### Una rácha

El lector recordará que Nelsón, detenido desde el 21 al 23 en el puerto de Nápoles á causa del viento contrario, mandó en fin aparejar á eso de las tres de la tarde, aprovechando una fuerte brisa que soplabá del noroeste, y que la escuadra inglesa desapareció entre la bruma del crepúsculo á la altura de la isla de Capri.

Orgullosa de la preferencia que le concedía la reina y deseando manifestarse reconocido á tan señalado favor, Nelsón había tomado desde hacia tres días todas las disposiciones necesarias á bordo del *Van-Guard*, á fin de que la hospitalidad que los augustos fugitivos habían ido á pedirle fuese lo más *confortable* posible.

En este supuesto, y sin perjuicio de conservar su camarote del alcázar de popa, había mandado preparar para el rey, la reina y los jóvenes príncipes la gran cámara de los oficiales situada tras de la batería alta. Los cañones habían desaparecido entre los pliegues de las colgaduras, y cada intervalo se hallaba convertido en un aposento adornado con la más exquisita elegancia.

Los ministros y los cortesanos que acompañaban al rey á Palermo, habían sido alojados en el sollado de los oficiales, esto es, en la parte del entrepuente á cuyo alrededor se hallan los camarotes.

Caracciolo había hecho más: había cedido su propio camarote al príncipe de Calabria y á la princesa Clementina, y la cámara de los oficiales á las personas de su servidumbre.

El salto de viento, que permitió al comodoro inglés levar el ancla y darse á la vela, tuvo lugar, según hemos dicho, entre las tres y las cuatro de la tarde, cambiando del sur al oeste noroeste.

En cuanto Nelsón se apercibió del cambio, dió orden á Henry, su capitán de bandera, á quien trataba como á un amigo más bien que como á un subordinado, de que mandase aparejar inmediatamente.

— ¿Debenos elevarnos mucho á lo largo de Capri? preguntó el capitán.

— Con este viento es inútil, respondió Nelsón. Navegaremos en alta mar.

Henry examinó el horizonte y repuso moviendo la cabeza:

— No creo que este viento sea durable.

— No importa, aprovechémosle tal como es... Aunque me hallo dispuesto á morir por el rey y por la familia real y á sacrificar hasta el último de mis hombres en su defensa, os confieso que no estoy tranquilo respecto á la seguridad de SS. MM. mientras no eche el ancla en el puerto de Palermo.

— ¿Qué señales debo hacer á los otros buques?

— Que aparejen como nosotros y que naveguen en nuestras aguas con rumbo á Palermo y con maniobra independiente.

Las señales fueron hechas y la escuadra se dió á la vela. Pero al anochecer, el viento cayó completamente á la altura de Capri, según había previsto Henry, el capitán de bandera.

Aquel momento de calma permitió á los ilustres fugitivos, atormentados por el mareo desde hacía tres días, tomar algún alimento y disfrutar de algunos instantes de reposo.

Inútil nos parece decir que Emma Lyonna no había seguido á su marido al sollado de los oficiales: como de costumbre, permanecía junto á

su augusta amiga en la gran cámara de popa.

Terminada la cena, á la cual asistió Nelsón, el comodoro subió á cubierta. Una parte de la predicción de Henry se había ya cumplido, puesto que el viento se hallaba en calma, y el capitán temía que durante la noche tuviesen, si no una tempestad, á lo menos una violenta racha.

El rey se echó un momento en su cama, pero no pudo conciliar el sueño. El olor de la brea producía en el buen Fernando tan mal efecto como el olor de la pólvora. Los grandes movimientos del mar y el sublime espectáculo que ofrece á las almas poéticas pasaban desapercibidos á los ojos del monarca, el cual no tenía conciencia sino del malestar que ocasiona y de los peligros con que amenaza.

Viendo que por más vueltas que daba en la cama no conseguía dormirse, él, á quien nunca dejaba de visitar el sueño á los cinco minutos de haberse acostado, saltó del catre, y, seguido de su fiel Júpiter, que también participaba del mareo de su augusto amo, salió por la escotilla de mando y empezó á subir una de las escaleras del alcázar de popa.

En el momento en que asomaba la cabeza á cubierta, vió á tres pasos de distancia á Nelsón y á Henry, los cuales parecían examinar el horizonte con marcada inquietud.

— Tienes razón, Henry, y tu experiencia no te engaña nunca. Yo soy un soldado de mar, pero tú eres un verdadero marino. No sólo ha caído el viento, sino que vamos á tener una racha.

— Y por cierto, milord, respondió Henry, que estamos en malísima posición para recibirla. Deberíamos haber seguido el mismo rumbo que la *Minerva*.

Nelsón no pudo reprimir un movimiento de mal humor.

— Yo detesto lo mismo que Vuestra Señoría á ese orgulloso Caracciolo que la manda; pero me nester es convenir en que también merece el cumplido que acabáis de dirigirme. El príncipe es un verdadero marino, como lo prueba el rumbo que actualmente sigue. Pasando por entre Capri y el cabo Campanella, tiene á barlovento el islote — el cual le defenderá de la violencia de la racha, que nosotros recibiremos sin perder ni un chubasco ni una bocanada de aire, — y á sotavento el golfo de Salerno.

El comodoro miró con inquietud la masa negra que se levantaba delante del *Van-Guard*, masa que no ofrece ningún abrigo por la parte del sudoeste.

— ¡Bien! exclamó, nos hallamos á una milla de Capri.

— ¡Y yo quisiera estar á diez mil! murmuró Henry entre dientes, pero no tan bajo que no llegase á los oídos de Nelsón.

Una ráfaga del oeste, precursora de la racha de que acababa de hablar Henry, conmovió entonces el navío.

— Mandad que amainen los juanetes y que ciñan el viento.

— ¿No teme V. S. que se resienta la arboladura? preguntó Henry.

— ¡Antes que nada, temo la costa! respondió Nelsón.

Henry, con esa robusta y sonora voz propia del marino acostumbrado á dominar el bramido de los huracanes, repitió la orden del comodoro, dirigiéndose al mismo tiempo á los marineros de cuarto y al timonel:

— ¡Amaina los juanetes! ¡Orza!

El rey había escuchado la conversación y la voz de mando sin entender una palabra; sin embargo, comprendió que les amenazaba algún peligro y que aquel peligro venía del oeste.

En este supuesto, acabó de subir al alcázar de popa y aunque Nelsón no sabía el italiano, de igual modo que el monarca no comprendía el inglés, se encaró con el almirante y le dijo:

— ¿Nos amenaza algún peligro, milord?

Nelsón hizo una reverencia y volviéndose hacia Henry:

— Creo que S. M. me hace el honor de interrogarme. Respondedle, Henry, si es que habéis comprendido lo que me pregunta el monarca.

— Señor, respondió Henry, en un buque mandado por milord Nelsón nunca hay peligro, porque su previsión sabe evitar el riesgo; sin embargo, creo que vamos á tener una racha.

— ¿Una racha de qué? preguntó el rey.

— De viento, repuso Henry sin poder reprimir una sonrisa.

— ¡Pues á mí me parece que tenemos un tiempo hermosísimo! añadió Fernando, dirigiendo una mirada á la luna que filtraba sus rayos por entre los blancos celajes que cubrían el cielo á manera de enormes copos de algodón.

— No es sobre nuestra cabeza á donde hay que mirar, señor, sino allá abajo, frente á nosotros, en la línea del horizonte. ¿Distingue V. M. aquella faja negra separada de la superficie del mar, tan sombría como ella, por una raya de luz semejante á un hilo de plata? Pues bien, aquel nubarrón estallará sobre nosotros antes de diez minutos.

Una segunda bocanada de viento, cargado de

humedad, pasó por cima de cubierta; el *Van-Guard* se inclinó bajo su presión y la arboladura lanzó un gemido.

— ¡ Amaña la gran vela! gritó Nelsón, mientras que Henry continuaba la conversación con el rey, dirigiéndose directamente á la tripulación. ¡ Desfoga el gran foque!

Esta maniobra se ejecutó con una prontitud que indicaba que la tripulación comprendía su importancia. Aligerado de una gran parte de sus velas, el navío navegó sobre sus tres gavias, su mesana y su petifoque.

Nelsón se aproximó á Henry y le dijo algunas palabras en inglés.

— Señor, exclamó el capitán dirigiéndose á Fernando, Su Señoría me suplica haga observar á V. M. que la racha va abatirse sobre nosotros dentro de diez minutos, y que si permanece sobre cubierta, la lluvia no tendrá por el rey de las Dos Sicilias más respeto que por el último de nuestros *midshipmen*.

— ¿ Puedo tranquilizar á la reina y decirle que no hay peligro? preguntó el rey, deseando de paso tranquilizarse á sí mismo.

— Sí, señor, respondió Henry. Con la ayuda de Dios llegaremos felizmente al término de nuestro viaje: milord y yo respondemos de todo.

El rey desapareció por la escotilla, siempre seguido de Júpiter, el cual, sea por el malestar ocasionado por el mareo, sea por ese presentimiento que á veces tienen los animales de la aproximación del peligro, lanzaba aullidos lastimeros. Según había previsto Henry, no habían pasado diez minutos cuando la racha se abatió sobre el *Van-Guard*, envolviendo á los buques de la escuadra inglesa en torrentes de lluvia.

El pobre Fernando tenía desgracia: se confiaba al mar porque la tierra le había hecho traición, y el mar se le declaraba también en contra.

No obstante las seguridades que le había dado su augusto esposo, la reina comprendió, á las primeras sacudidas del navío y á los primeros gemidos de su arboladura, que el *Van-Guard* estaba luchando con el viento. Colocada inmediatamente bajo cubierta, oía ese pataleo irregular y precipitado que producen los movimientos de los marineros al ejecutar las maniobras, y que indica la inminencia del peligro por los mismos esfuerzos que se hacen para combatirlo. Carolina estaba sentada sobre la cama, sus hijos se hallaban agrupados á su alrededor, y Emma, como de costumbre, permanecía echada á sus pies.

No habiendo sido acometida por el mareo, lady

Hamilton se había consagrado exclusivamente al cuidado de la reina, de las jóvenes princesas y de los príncipes Alberto y Leopoldo. Así es que no se levantaba de los pies de Carolina sino para dar una taza de té ó un vaso de agua á los niños, ó para depositar un beso en la frente de su augusta amiga después de animarla con algunas de esas cariñosas frases que inspira la adhesión.

Nelsón bajó á la cámara al cabo de media hora. La racha había pasado, pero no el peligro; porque si bien es verdad que muchas veces queda limpio el cielo y purificada la atmósfera después de esos accidentes meteóricos, también lo es que en ocasiones son el preludio de la tormenta. Por consiguiente, el comodoro no pudo asegurar á Carolina que todo había concluído ni prometerle que pasaría una noche tranquila y sin ninguna zozobra.

La reina invitó el almirante á tomar una taza de té. Los niños estaban dormidos, á excepción del príncipe Alberto: el cansancio y la indiferencia propia de su edad habían triunfado en ellos del temor y del malestar que obligaban á sus padres á permanecer en vela.

Apenas hacía un cuarto de hora que Nelsón se hallaba en la cámara, observando con inquietud los movimientos del navío, cuando tocaron ligera-

mente á la puerta, y previo el permiso de la reina, apareció bajo el dintel un joven oficial.

Iba en busca del comodoro.

— ¡ Ah ! ¿ sois vos, Parkensón? dijo el almirante. ¿ Qué ocurre ?

— Milord, vengo á decir á Vuestra Señoría de parte del capitán Henry, que el viento ha cambiado al sur desde hace cinco minutos y que si continuamos en la misma bordada vamos á parar á las costas de Capri.

— Pues bien, dijo Nelsón, virad en redondo.

— Milord, la mar está muy gruesa y el buque trabaja muchísimo y ha perdido toda su velocidad.

— ¡ Ah ! ¿ y teméis que no obedezca ?

— El navío zozobra.

Nelsón se levantó, saludó al rey y á la reina con una sonrisa y siguió al teniente.

Ya hemos dicho que Fernando no sabía una palabra de inglés; pero Carolina, que le conocía perfectamente, — si bien no se hallaba familiarizada con los términos de la marina — comprendió que acababa de surgir un nuevo peligro y dirigió á Emma una mirada interrogadora.

— Según parece hay que ejecutar una maniobra difícil, dijo lady Hamilton, y no se atreven á hacerla sin que la presencie el comodoro.

La reina arrugó el entrecejo, lanzando una especie de gemido; Emma se levantó y fué con paso vacilante á escuchar á la puerta.

Comprendiendo el peligro, Nelsón había subido precipitadamente al alcázar de popa. Según había dicho el oficial Parkensón, el viento había saltado al sur, ó lo que es lo mismo, hacía *sirocco*, y el buque le recibía en plena proa.

El almirante echó en torno suyo una mirada rápida é inquieta. El tiempo, aunque siempre cubierto, estaba algo más claro. Capri se alzaba á babor y tanto se había acercado el navío á la isla, que, á la pálida luz de la luna que filtraba por entre las nubes, se distinguían los edificios á manera de puntos blancos. Pero lo que más particularmente se distinguía era una faja de espuma que costeara el islote en toda su longitud y que indicaba el furor con que las olas se rompían contra los escollos.

Un solo golpe de vista bastó á Nelsón para comprender lo crítico de la situación. El viento del sur azotaba el velamen contra los mástiles, y la arboladura, sobrecargada de lona, crujía horriblemente. Entonces gritó empuñando la bocina:

— ¡ Cambia la caña !

Y dirigiéndose al capitán Henry:

— ¡ Viremos á pique ! añadió.

La maniobra era arriesgada. Si el navío no obedecía, si faltaba la virada, iba irremisiblemente á estrellarse contra la costa.

El viento y las olas redoblaron su empuje como si trataran de oponerse á la orden que el comodoro acababa de dar á la tripulación. El pequeño mastelero se encorvó como un junco bajo la fuerza de la vela y se dejó oír un terrible crujido. Si el palo llegaba á romperse, no había salvación posible para el buque.

En aquel momento de suprema angustia, el comodoro sintió una mano que se apoyaba ligeramente en su brazo izquierdo: era Emma.

Nelsón imprimió en la frente de la joven un beso febril, y golpeando con el pie la cubierta, murmuró, como si el navío pudiera comprenderle:

— ¡ Vira ! ¡ vira, maldito !

El buque obedeció: después de algunos instantes de vacilación hizo su virada y empezó á navegar de bolina con rumbo al oeste-noroeste.

— ¡ Bien ! exclamó Nelsón respirando con fuerza, ahora tenemos ciento cincuenta leguas de mar delante de nosotros y venga lo que viniere.

— Querida lady Hamiltón, dijo una voz ¿ tendríais la bondad de traducirme al italiano lo que acaba de decir el señor almirante ?

Era el rey: S. M. había visto salir á Emma y había subido detrás de ella al alcázar de popa.

La joven le explicó las palabras de Nelsón.

— ¡ Pero se me figura que no vamos á Sicilia ! dijo el rey, el cual no tenía ningunas nociones de náutica. Por el contrario, juraría que el navío, como dicen los marinos, hace rumbo á Córcega.

Emma transmitió á Nelsón la observación del monarca.

— Señor, respondió el comodoro con impaciencia, nos elevamos al viento para correr bordadas, y si V. M. me hace el honor de permanecer sobre el alcázar de popa diez minutos, viramos de bordo para ganar el tiempo y la distancia que hemos perdido.

— ¿ Virar de bordo ? ¡ Ah ! ya comprendo, dijo el rey: eso es repetir lo que acabáis de hacer. Pero decidme, milord, ¿ no podríais virar de bordo con menos frecuencia ? Lo digo, porque no parecía sino que me arrancabais el alma con vuestra dichosa virada.

— Señor, si estuviésemos en el Atlántico y navegásemos con viento de proa desde las Azores á Río Janeiro, por evitar á V. M. una indisposición que yo mismo padezco y cuyos fatales efectos conozco por experiencia propia, haría bordadas de sesenta ú ochenta millas ; pero estamos en el Mediterráneo,

nos dirigimos de Nápoles á Palermo y preciso es que viremos de bordo de tres en tres millas á lo sumo. Por lo demás, continuó Nelsón dirigiendo una mirada al islote de Capri del cual se alejaban rápidamente, V. M. puede bajar á la cámara y tranquilizar á la reina. Yo respondo de todo.

Aunque no comprendió directamente las palabras de Nelsón, Fernando respiró á su vez; el comodoro las había pronunciado con tal convicción, que Emma no pudo menos de participar de ella y de transmitírsela al monarca.

El rey bajó, pues, á la cámara, anunció que el peligro había pasado y que Emma le seguía para dar á la reina la misma seguridad.

En efecto, Emma siguió al rey ; pero como se separó de la línea recta para entrar en el camarote del almirante, no llegó sino media hora después. Entonces la reina, tranquilizada completamente, apoyó la cabeza en el hombro de su amiga y empezó á conciliar el sueño.

La racha que por poco no arroja á Nelsón sobre las costas de Capri, alcanzó también á Caracciolo ; pero de una manera menos sensible. Primero, porque las alturas del islote que la *Minerva* tenía á barlovento le quitaron una parte de su empuje ; y segundo, porque siendo este buque más ligero que



el pesado *Van-Guard* mutilado aún por las balas de Abukir, el almirante napolitano pudo manejarle más fácilmente. Después de algunas horas de reposo, Nelsón subió al alcázar de popa al rayar el alba: entonces vió que mientras él había doblado á duras penas la isla de Capri, la fragata de Caracciolo se hallaba á la altura del cabo Licosa, esto es, quince ó veinte millas por la proa del navío inglés.

Había más: Nelsón navegaba únicamente sobre sus tres gavias, su mesana y su petifoque, al paso que la *Minerva* había conservado todas sus velas y ganaba en el viento á cada virada de bordo.

Por desgracia, el rey subió entonces al castillo de popa y vió á Nelsón con el antejo en la mano, siguiendo con celosa mirada la marcha de la *Minerva*.

— Y bien, preguntó á Henry, ¿en qué paraje nos hallamos?

— Ya lo ve V. M.: acabamos de doblar la isla de Capri.

— ¡Cómo! esa roca es todavía Capri?

— Sí, señor.

— ¿De modo que hemos andado veintiséis ó veintiocho millas desde ayer á las tres de la tarde?

— Próximamente.

— ¿Qué dice el rey? preguntó Nelsón.

— Se admira de que hayamos avanzado tan poco, milord.

El comodoro se encogió de hombros.

Fernando adivinó la pregunta del almirante y la respuesta del capitán, y como el gesto de Nelsón no le pareció muy respetuoso, quiso vengarse humillando su orgullo.

— ¿Qué miraba milord con tanta atención cuando subí á cubierta? preguntó á Henry.

— Un bajel que navega á sotavento de nosotros.

— ¿Á sotavento? sin duda queréis decir delante de nosotros, capitán.

— Ambas cosas, señor.

— ¿Y qué buque es? porque supongo que no pertenecerá á nuestra escuadra.

— ¿Por qué, señor?

— Porque siendo el *Van-Guard* el mejor buque de ella y lord Nelsón el mejor marino del mundo, ningún otro bajel puede dejarle por la popa.

— ¿Qué dice el rey? preguntó el comodoro.

Henry le tradujo la respuesta del monarca.

Nelsón se mordió los labios.

— ¡El rey tiene razón! dijo; ningún buque debe dejar atrás al navío almirante, máxime cuando Sus Majestades le honran con su presencia. Por consiguiente, el que ha cometido semejante falta de

atención va á ser castigado acto continuo. Capitán Henry, haced señas al señor príncipe Caracciolo que deje de ganar en el viento y navegue en nuestra línea.

Fernando adivinó por el rostro de Nelsón que la pulla le había herido en el corazón; y comprendiendo por su tono breve é imperativo que el almirante inglés daba una orden, siguió con la vista los movimientos de Henry para ver en qué consistía.

Henry bajó del alcázar, y al cabo de algunos minutos, volvió á subir con unas cuantas banderolas arregladas de cierta manera, y las ató á la driza de las señales.

— ¿ Habéis prevenido á la reina que vamos á disparar un cañonazo? preguntó el comodoro.

— Sí, milord.

En efecto, casi en el mismo instante se dejó oír una detonación, y una columna de humo se elevó del costado del buque.

Inmediatamente después, las cinco banderolas que Henry había traído subieron á la driza de las señales transmitiendo la orden de Nelsón en toda su brutalidad.

El cañonazo tenía por objeto llamar la atención de la *Minerva*, la cual izó una bandera para indicar que esperaba la señal del navío inglés.

Cualquiera que fuese el efecto que en Caracciolo produjo la vista de aquellas señales, no por eso dejó de obedecerlas.

Amainó sus velas de juanete, de trinquete y de gran mastelero, y mantuvo las otras en relinga.

Nelsón, con el antejo en la mano, seguía la maniobra que acababa de ordenar. La *Minerva* quedó reducida á la mesana y el foque y perdió las tres cuartas partes de su velocidad. Viendo entonces el almirante inglés que el viento había caído, mandó desplegar todas sus velas desde las maestras á las de sobrejuanete.

El *Van-Guard* ganó la distancia que le sacaba la *Minerva*; entonces ésta empezó á recoger viento.

Pero aunque Caracciolo navegaba sobre sus gaviás, su mesana y su foque, se mantuvo constantemente á un cuarto de milla del coloso, cargado de todo su velamen, sin perder ni una pulgada de terreno.

## CAPÍTULO II.

## La tempestad

VIENDO Fernando la facilidad con que maniobraba la *Minerva* y cuán dócilmente obedecía las órdenes de su comandante, empezaba á arrepentirse de no haberse embarcado con su antiguo amigo Caracciolo, según se lo había prometido, en vez de hacerlo á bordo del *Van-Guard*.

El rey bajó á la gran cámara y encontró á la reina y á las jóvenes princesas un poco más tranquilas. Desde el amanecer, habían conseguido al fin reposar algunos instantes. El príncipe Alberto, niño de salud delicada á quien el mareo producía vómitos horribles, estaba acostado en el regazo de Emma Lyonna cuya abnegación era verdaderamente admirable, puesto que, ocupada en cuidar á la reina y á los niños, no había disfrutado de un solo momento de reposo.

El día se pasó corriendo bordadas, las cuales

eran cada vez más difíciles y fatigosas á causa de que el mar estaba más alborotado. Á cada virada de bordo redoblaba el sufrimiento del joven príncipe.

Emma subió á la cubierta á eso de las tres de la tarde. Su presencia desarrugó el entrecejo de Nelsón. La joven le dijo que el príncipe estaba muy malo y que la reina preguntaba si no había medio de arribar á alguna parte ó de cambiar de rumbo.

El *Van-Guard* se hallaba entonces á la altura de Amantea y podía refugiarse en el golfo de Santa Eufemia. Pero ¿qué diría Caracciolo? ¿No diría que el navío almirante no había podido aguantar el tiempo, y que Nelsón, el vencedor de los hombres, había sido vencido por el mar?

Los desastres marítimos del comodoro eran casi tan célebres como sus victorias. Apenas hacía un mes que una racha había desmantelado su buque en el golfo de Lyon, viéndose obligado á refugiarse en el puerto de Cagliari á remolque de uno de sus bajeles que había sufrido menos averías que los demás.

Nelsón interrogó el horizonte con esa mirada profunda de marino que conoce todas las señales del peligro.

TOMO VI.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1900. 1625 MONTERREY, MEXICO

El tiempo no estaba muy seguro. El sol escondido tras las nubes que encapotaban el cielo, y á las cuales prestaba una tinta amarillenta, descendía lentamente al ocaso, recortando el firmamento con esas irradiaciones que anuncian viento para el día siguiente y hacen exclamar á los pilotos: « ¡Ojo á la arboladura, que el sol afianza sus amarras! » El islote de Stromboli, cuyo volcán se oía rugir á lo lejos, y el archipiélago de las Lipari, del cual es centinela avanzado, estaban envueltos entre la masa de vapores que parecían flotar sobre las olas y avanzar al encuentro de los fugitivos. Por el lado del Norte, el tiempo se hallaba más despejado; pero en todo lo que alcanzaba la vista no se veía más buque que la *Minerva*, la cual hacia exactamente las mismas evoluciones que el *Van-Guard*. Los otros navíos, aprovechando la orden de *maniobra independiente* que Nelsón había dado al partir, se habían acogido al puerto Castellamare ó habían seguido la bordada al oeste para aguantar el tiempo en alla mar.

Si el viento se mantenía en la misma dirección y el navío almirante continuaba su derrota de Palermo, era menester bordear toda la noche y acaso todo el día siguiente.

Es decir, que se necesitaban dos ó tres días de

navegación, y lady Hamiltón afirmaba que el joven príncipe no podría resistirlos.

Si, por el contrario, cambiaban el rumbo y ponían la proa á Mesina, como navegaban á lo largo y la corriente les ayudaba, podían llegar al puerto durante la noche.

De este modo se salvaban las apariencias: Nelsón no iba de arribada, sino en virtud de una orden del rey. Esta reflexión determinó al comodoro á optar por Mesina.

— Henry, dijo al capitán de bandera, haced señal á la *Minerva*.

— ¿Cuál, milord?

Nelsón se detuvo un instante á reflexionar en qué términos daría la orden para dejar á cubierto su amor propio.

— El rey ordena al *Van-Guard* dirigirse á Mesina, dijo. La *Minerva* puede continuar su marcha hacia Palermo.

La orden quedó transmitida antes de tres minutos.

Caracciolo respondió que iba á obedecer.

Para pagar cuanto largo permitía el viento del sur, bastaba á Nelsón con abrir ligeramente su velamen: el timonel recibió la orden de poner la proa á sotavento de Salina á fin de pasar por entre Panaria y Lipari.

Libre de la vista y por consiguiente de la censura de Caracciolo, si el mal tiempo continuaba, el *Van-Guard* podría refugiarse en el golfo de Santa Eufemia.

Nelsón dirigió una última mirada á la *Minerva*, que continuaba corriendo sus bordadas por la superficie de aquel mar agitado con la ligereza de una gaviota; entregó el mando del buque al capitán Henry, y bajó á la gran cámara en la cual habian servido la comida.

Pero nadie la había tocado, ni aun el mismo rey cuya voracidad no desairaba nunca ningún plato. El mareo y la constante inquietud de los augustos huéspedes les había hecho perder el apetito. Sin embargo, la presencia del comodoro tranquilizó, como de costumbre, á los ilustres fugitivos, y todo el mundo se acercó á la mesa excepto Emma Lyonna y el joven príncipe, cuyos vómitos eran cada vez más violentos y empezaban á tomar un carácter alarmante.

El doctor Beaty, cirujano á bordo del *Van-Guard*, había bajado dos veces á visitar al augusto niño; pero nada pudo hacer, porque la ciencia no ha encontrado todavía un específico bastante poderoso para calmar la terrible indisposición. Sus remedios se limitaron á recomendar que le dieran grandes

tazas de té y de limonada. Pero el niño no quería tomarlas sino de mano de Emma Lyonna; así es que la reina, ofendida del despego de su hijo, y no comprendiendo sin duda la gravedad de su estado, le abandonó por completo á los cuidados de lady Hamilton.

En cuanto al rey, era por naturaleza bastante insensible á los sufrimientos ajenos; y aunque amaba á sus hijos más entrañablemente que su esposa, el propio malestar le impedía fijar la atención en las desgarradoras náuseas del joven príncipe.

Nelsón se aproximó á Emma Lyonna so pretexto de examinar al niño.

El viento había aflojado desde hacia algunos minutos, y el navío se balanceaba pesadamente sobre las enrespadas olas. Al suplicio de las viradas de bordo había sucedido el del vaivén.

— ¡Mirad en qué estado se halla! dijo Emma presentando á Nelsón el cuerpo casi inanimado del príncipe.

— Sí, y ahora comprendo por qué me preguntasteis de parte de la reina si no podría arribar á algún puerto, respondió el almirante. Por desgracia, no conozco ninguno en todo el archipiélago lipariota que pueda inspirarme confianza, tratándose de un buque del calado del *Van-Guard*, sobre todo

cuado lleva á su bordo los destinos de un reino, y aun nos hallamos todavía muy distantes de Mesina, de Milazzo ó del golfo de Santa Eufemia.

— Me parece, repuso Emma, que la tempestad se ha calmado.

— Sin duda queréis decir que el viento ha caído, porque en cuanto á tempestad, no la hemos tenido en todo el día, ¡y Dios nos libre, milady, de que nos asalte en estos parajes! Sí, el viento ha caído, pero no es sino una tregua que nos concede, y mucho me temo que tengamos una noche peor que la pasada.

— ¿Sabéis, milord, que vuestras palabras no son las más á propósito para tranquilizarnos? interrumpió la reina, la cual se había aproximado suavemente y había comprendido la última frase del comodoro.

— De todas maneras, respondió Nelsón, V. M. puede estar segura de que el respeto y la adhesión velan por su seguridad.

En aquel momento, se abrió la puerta de la cámara y el teniente Parkensón preguntó si el almirante se hallaba cerca de SS. MM.

Nelsón oyó la voz del joven oficial y salió á su encuentro: ambos cambiaron en voz baja algunas palabras.

— Bien, dijo Nelsón recuperando el tono de mando, afianzad los cañones y haced que los amarrén con los más fuertes calabrotes. En seguida subo al puente... Señora, añadió volviéndose á Carolina, si no fuera responsable de tan precioso depósito, dejaría que el capitán Henry gobernase el bajel; pero teniendo el honor de llevar á bordo tan ilustres pasajeros, no puedo confiar á nadie el cuidado de dirigirle. Por consiguiente, no se inquiete V. M. si me privo tan pronto de la dicha de permanecer en su presencia.

Y avanzó hacia la puerta con paso rápido.

— ¡Esperad, esperad, milord! exclamó Fernando, yo también subo con vos.

— ¿Qué dice S. M.? preguntó Nelsón.

La reina le tradujo las palabras de su esposo.

— Por Dios, señora, obtened del rey que se quede aquí, dijo el almirante. Sobre el alcázar intimidaría á los oficiales y estorbaría la maniobra.

La reina transmitió á su marido la súplica de Nelsón.

— ¡Ah, Caracciolo! ¡Caracciolo! murmuró el rey dejándose caer en un sillón.

Apenas puso Nelsón el pie en el alcázar de popa reconoció que algo, no sólo de grave sino de insólito, ocurría á bordo.

Lo grave era una tempestad próxima á desencadenarse.

Lo insólito, lo extraordinario, la oscilación de la brújula que había perdido su firmeza y vacilaba del norte al este.

El comodoro comprendió que la vecindad del volcán de Stromboli creaba corrientes magnéticas cuya influencia sufría la aguja imantada.

Por desgracia, la noche estaba sombría, y en todo el cielo no brillaba una estrella que, á defecto de la brújula, pudiera orientar la marcha del buque.

Si el viento del sur continuaba aflojando, si la mar quedaba en calma, el peligro desaparecía reduciéndose todo á poner el navío al paio y á esperar la mañana. Pero, según todos los indicios, el viento del sur no desaparecería sino para soplar de otra parte con mayor violencia.

Las últimas ráfagas del sur, debilitándose poco á poco, se extinguieron por completo y las pesadas velas empezaron á azotar los mástiles. Una calma espantosa sucedió entonces al agitado movimiento de las aguas. Marineros y oficiales se miraban con angustia. Aquel silencio amenazador parecía la tregua concedida por un enemigo generoso, pero terrible, á fin de dar tiempo de prepararse á la

lucha á aquellos á quienes iba á combatir. La llama de una bujía hubiera podido arder al aire libre sin la menor oscilación. Las olas batían tristemente los costados del buque, y de las profundidades de los mares se elevaban desconocidos acentos llenos de misteriosa solemnidad.

— ¡Terrible noche se prepara, milord! dijo Henry.

— No tan terrible como la jornada de Abukir, respondió Nelsón.

— ¿Es el ruido del trueno el que se oye? Y en ese caso, ¿cómo es que ruge por la proa cuando la tormenta viene por la popa?

— No es el trueno, es el volcán de Stromboli, que nos anuncia un violentísimo salto de viento. Ordenad que aferren los juanetes, las gavias, la vela maestra y la de trinquete.

Henry repitió la orden del almirante; los marineros sobrecitados por el peligro, se lanzaron á los aparejos y en menos de cinco minutos sujetaron á las vergas las anchas capas de lona, dejándolas completamente inofensivas.

La calma se hacía cada vez más profunda, y las olas dejaron de romperse contra la proa del navío. Hasta el mar parecía advertir que se preparaba un cambio próximo y violento.

Ligeras brisas, precursoras de la ráfaga, empe-

zaron á suspirar en la jarcia. De pronto, y tan lejos cuanto podía alcanzar la vista en medio de las tinieblas, se vió ondular la superficie de las aguas. Aquella ondulación se cubrió de espuma, un terrible rugido recorrió el horizonte, y el viento del oeste, el más pujante de todos, se abatió sobre los flancos del navío, el cual, recibiendo en pleno costado, inclinó sus mástiles bajo el irresistible choque.

— ¡La caña á barlovento!... gritó el comodoro, ¡la caña á barlovento!...

Y añadió por lo bajo, como hablando consigo mismo :

— ¡Pronto!... ¡ó nos cuesta la vida!

El timonel obedeció; pero, durante un minuto que pareció un siglo á la tripulación, el navío estuvo inclinado sobre babor.

En aquel momento de ansiosa expectativa, un cañón de estribor rompió sus amarras, atravesó rodando toda la anchura del puente y mató á un marinero é hirió á otros cinco ó seis.

Henry hizo un movimiento para lanzarse á la cubierta; Nelsón le detuvo por el brazo.

— ¡Calma, por Dios! le dijo. Que preparen las hachas, y, si necesario fuere, dejaré el navío raso como un pontón.

— ¡Se levanta! ¡se levanta! gritaron á la vez cien marineros.

Y en efecto, el navío se alzaba lenta y majestuosamente, como un valeroso y cortés adversario que saluda antes de combatir; obedeciendo en seguida al timón, presentó su popa al viento y hendió las olas con extraordinaria velocidad.

— Henry, dijo Nelsón, mirad si la brújula ha recuperado su firmeza.

— No, milord, respondió Henry después de haberla examinado, y mucho me temo que vayamos en línea recta á Stromboli.

Entonces, como si fuera el eco del trueno que retumbaba al occidente, se oyó por la proa uno de esos rugidos que preceden á las erupciones volcánicas, y se elevó al cielo de enmedio de las tinieblas un penacho de llamas que se apagó casi instantáneamente.

Aquel surtidor de fuego se hallaba á una milla de distancia. Según temía Henry, el navío corría derecho á Stromboli, cuyo volcán parecía un faro encendido expreso para indicar al comodoro el peligro que le amenazaba.

— ¡La caña á estribor! gritó el almirante.

El timonel obedeció y el buque pasó del E. S. E. al Sudoeste.



— Vuestra Señoría sabe, dijo Henry, que desde Stromboli á Panaria, esto es, por espacio de seis ú ocho millas, el mar está cubierto de islotes y de rocas á flor de agua.

— Sí, lo sé. Colocad en la proa uno de vuestros mejores vigías, en las cofas vuestros mejores contraestres, y envid á Parkensón á que vigile la sondadura.

— Yo mismo iré, dijo Henry. ¡ Una luz á las cadenas de obenques del gran mástil! Es menester que milord pueda oír desde el alcázar lo que yo diga.

Esta orden preparó á la tripulación á una crisis.

Nelsón se acercó á la brújula, que todavía no había recobrado su fijeza, para vigilarla por sí mismo.

— ¡ Tierra á la proa! gritó el vigía desde lo alto del trinquete.

— ¡ La caña á babor! exclamó Nelsón.

El navío se inclinó rápidamente al sur. El viento hinchó entonces sus velas, se dejó oír un crujido y una especie de nube flotó entonces sobre el *Van-Guard*. Al mismo tiempo estallaron varias cuerdas y un inmenso jirón de lona voló á sotavento.

— No es nada, exclamó Henry: es el gran foque que acaba de abandonar sus relingas.

— ¡ Rompientes á estribor! gritó el vigía.

— Inútil es que pretendamos virar con semejante tiempo, murmuró Nelsón, como hablando consigo mismo; nos plantaríamos en la virada. Por muy juntos que se hallen los islotes, siempre habrá entre ellos bastante distancia para el paso de un buque. ¡ La caña á estribor!

Esta voz de mando hizo estremecer á oficiales y marineros: era salir al encuentro del peligro, arrojarse en él, coger al toro por las astas, como vulgarmente se dice.

— ¡ Sonda! repuso la voz firme é imperativa de Nelsón, dominando los rugidos de la tormenta.

— ¡ Diez brazas! respondió Henry.

— ¡ Atención! gritó el comodoro.

— ¡ Rompientes á babor! clamó el vigía.

Nelsón se aproximó á la borda y vió que, en efecto, el mar se rompía furiosamente á distancia de medio cable.

El navío corría con tal velocidad, que los rompientes quedaron á popa en un abrir y cerrar de ojos.

— ¡ Firme á la caña! dijo Nelsón al piloto.

— ¡ Rompientes á estribor! gritó el vigía.

— ¡ Sonda! repuso el almirante.

— ¡ Siete brazas! respondió Henry. Pero se me

figura que marchamos con demasiada rapidez; si encontrásemos rompientes á la proa no podríamos evitarlos.

— ¡ Aferra la gavia del trinquete y la del gran mastelero ! ¡ coge tres rizos á la de mesana ! ¡ Sonda !

— ¡ Seis brazas ! repitió Henry.

— Nos hallamos entre Panaria y Stromboli, dijo Nelsón.

Y añadió en voz baja :

— Dentro de diez minutos, estaremos en salvo ó en el fondo del mar.

Y en efecto, en vez de esa regularidad que siempre conservan las olas, aun en medio de las más deshechas borrascas, se precipitaban unas contra otras, y en aquel caos de espuma, cuyo mugir recordaba los aullidos de los perros de Escila, no se divisaba sino una línea sombría trazada entre dos murallas de rompientes.

Era el estrecho canal por donde debía pasar el navío.

— ¿ Cuántas brazas ? preguntó Nelsón.

— Seis.

El almirante frunció el entrecejo : una braza menos, y la quilla tocaba en el fondo.

— ¡ Milord, dijo el timonel con voz sorda, el buque no marcha !

Efectivamente, el movimiento del *Van-Guard* era apenas sensible ; después de haber andado con una velocidad de once nudos por hora, si entonces se hubiera echado la corredera no habría marcado ni tres.

Nelsón dirigió una mirada en torno suyo. Los islotes por entre los cuales navegaba el bajel apagaban la fuerza del viento, no dejando expuesta al empuje de las ráfagas sino la parte superior de la arboladura, cuyas velas estaban recogidas. Además, una corriente submarina parecía oponerse á la marcha del navío.

— ¿ Cuántas brazas ? preguntó el almirante.

— ¡ Siempre seis ! respondió Henry.

— ¿ Me permite milord una palabra ? dijo el timonel, viejo siciliano natural de la aldehuela de Pace, comprendiendo la preocupación del comodoro.

— Habla.

— Lo que detiene la marcha del navío es la corriente que sube.

— ¿ Qué corriente ?

— La del estrecho. Y, por fortuna, ella nos proporciona medio pie ó un pie más de agua.

— ¿ Crees que la corriente sube hasta aquí ?

— Sube hasta Paolo, milord.

— ¡ Zafa las gavias y los juanetes ! gritó Nelsón. Aunque semejante orden admirase á los marineros, fué ejecutada con esa obediencia muda y pasiva que constituye la primera cualidad de los marinos, sobre todo, en las horas de supremo peligro.

Tan pronto como el oficial de cuarto repitió la orden, las velas superiores, únicas que podía alcanzar el viento, se desplegaron á lo largo de los masteleros.

— ¡ El buque marcha ! gritó el timonel con acento de júbilo, acento que indicaba el temor que había abrigado por un instante de que el *Van-Guard* resbalase por los rompientes que le rodeaban.

— ¡ Sonda ! exclamó Nelsón.

— ¡ Siete brazas ! respondió Henry.

— ¡ Rompientes á la proa ! gritó el marinero de vigía desde lo alto del trinquete.

— ¡ Rompientes á estribor ! repitió el vigilante que se hallaba apoyado contra la serviola de proa.

— ¡ La caña á estribor ! dijo Nelsón con voz de trueno, ¡ toda ! ¡ toda ! ¡ toda !

Esta triple repetición de la voz de mando indicaba la inminencia del peligro. En efecto, la punta del bauprés estaba ya sobre la espuma, cuando el navío empezó á virar bajo el esfuerzo de dos mari-

neros que cerraron la caña contra el costado de estribor.

Cuantos hombres se hallaban sobre cubierta siguieron con indecible ansiedad los movimientos del buque. Diez segundos de resistencia en el timón, y el *Van-Guard* encallaba en los escollos.

Por desgracia, al virar á babor, el navío se encontró en la línea del viento sin defensa de ninguna especie. Una espantosa ráfaga se abatió sobre él, y por segunda vez se inclinó sobre el costado de estribor hasta el extremo de tocar la superficie de las olas con los remates de sus grandes vergas. Al mismo tiempo los palos se doblaron, y como no se hallaban sostenidos por las velas inferiores, los tres masteleros de juanete se rompieron con terrible crujido.

— ¡ Hombres á las cofas armados de cuchillos ! gritó Nelsón. ¡ Corta y arroja al mar !

Una docena de marineros se lanzaron á los obenques escalándolos con la agilidad de una banda de cuadrumanos, á pesar de su inclinación, y así que llegaron al sitio de la avería se pusieron á cortar con tal encarnizamiento, que antes de diez minutos, velas, vergas, jarcia, masteleros, todo había caído al agua por encima de la borda.

El navío se enderezó lentamente ; pero en el

29967

mismo instante, embarcó un enorme golpe de mar cuyo terrible empuje hizo pedazos la palanqueta del bauprés: el crujido fué tan espantoso, que parecía que el buque se había abierto de popa á proa.

Por segunda vez, el *Van-Guard* acababa de escapar milagrosamente del naufragio. Los marineros cobraron ánimo, y empezaron á mirar en torno de sí con ojos atónitos, como hombres que vuelven á la vida después de un largo desmayo.

Entonces se oyó una voz de mujer que gritaba con acento angustioso:

— ¡ Milord, bajad á la cámara en nombre del cielo !

Nelson, reconociendo la voz de Emma Lyonna, dirigió al mar una mirada ansiosa. Atrás quedaba Stromboli, cuyos rugidos dominaban los de la tormenta; á babor y á estribor se extendía la inmensidad; por la proa, el Mediterráneo se hallaba libre hasta las costas de Calabria; y el *Van-Guard*, cabeceando y mutilado, pero vencedor, salía majestuosamente de entre los escollos.

El almirante dió orden de amainar las gavia y de navegar gran largo sobre el trinquete y el petifoque.

Acto continuo entregó á Henry la bocina, esto es,

el signo de mando, y se apresuró bajar la escalera del alcázar á cuyo pie encontró á Emma Lyonna.

— ¡ Oh ! ¡ venid, venid pronto, amigo mío ! ¡ El rey está loco de terror, la reina está desmayada y el príncipe ha muerto !

Nelson entró en la cámara. Fernando estaba de rodillas con la cabeza enterrada entre los cojines de un sillón, y la reina, tendida sobre un diván, tenía entre sus brazos el cadáver de su hijo.